

tió María. Eres polaco, y debemos aunar nuestros esfuerzos, prestarnos mutuo auxilio.

—Si no lo votara le arrancaría la cabeza, contestó Magda. ¡Habla! ¡muévete! ¡pareces una estaca!

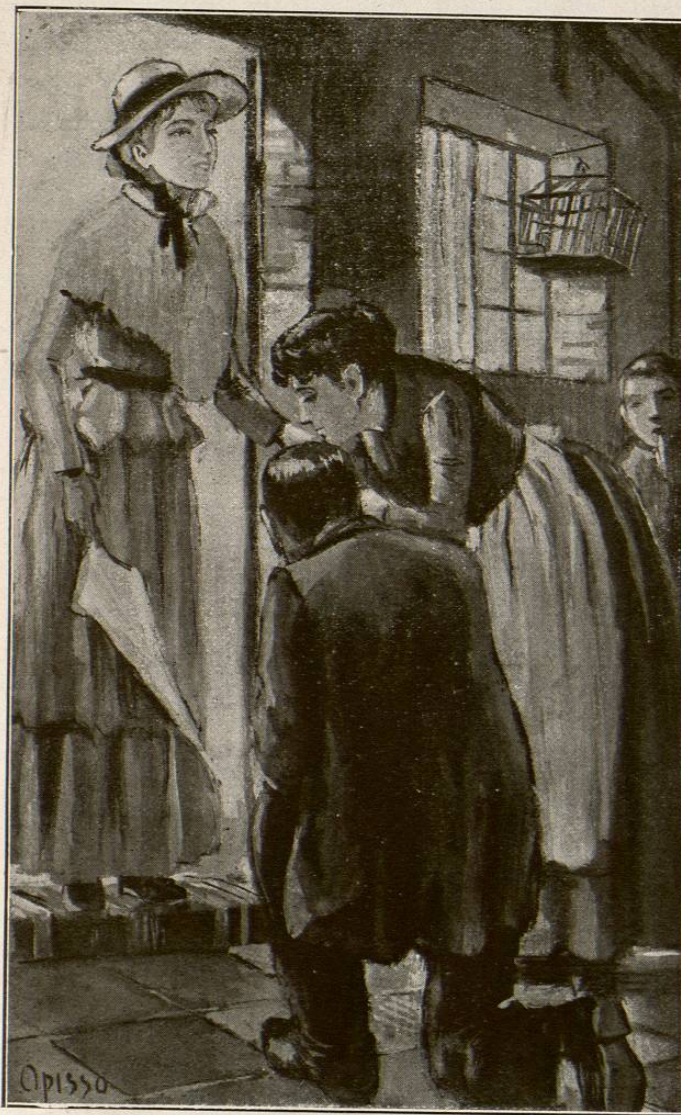
Bartek besó la mano de la joven castellana; el rostro del vencedor era sombrío y cejijunto. Recordaba la orden del director de la cárcel.

Llegó el día de la elección. Yarzinski creía asegurada la victoria. Los nobles regresaban de la ciudad. Ya habían votado. Esperaban en el castillo de Poguembin el resultado de la elección que el cura se había encargado de comunicar. Al recibir la noticia principiaría el banquete, y por la tarde los Yarzinski saldrían para Posen y Berlín.

La víspera habían votado algunos pueblos. El resultado no podía hacerse esperar.

Los reunidos en el castillo no dudaban del éxito. María, ligeramente inquieta, alentaba, sin embargo, grandes esperanzas. Sonreía, y todos admiraban su amabilidad y hermosura. ¡Era un tesoro! Inquieta y juguetona hablaba á todos, explicándoles y repitiéndoles el por qué debía ser elegido su esposo.

No era mujer ambiciosa, pero en su cabeza joven se le metió la idea de que debían emprenderse numerosas reformas y que en



Bartek se echó á los piés de la señora. Franck, admirado, quedóse en un rincón chupándose los dedos

consecuencia su marido debía llenar una gran misión. Deslizándose entre los reunidos llegábase al lado de su esposo, y tirándole de la manga le murmuraba al oído: «Señor diputado.» El sonreía y eran felices. Yarzinski quisiera agradecersele á besos, pero lo juzgó inconveniente en presencia de tantos invitados.

Asomados á la ventana deseaban ver los primeros al portador de la ansiada nueva. El diputado difunto era polaco: nunca los alemanes habíanse atrevido á presentar candidato alemán por aquel distrito.

Las recientes victorias aumentaban su audacia.

María tiembla, siente oprimirse el corazón: y ¿si viéndose perdidos los alemanes emplean medios ilícitos? ¿si compran votos?

Pero las mesas estaban formadas de alemanes y polacos, y la tranquilizaron explicándole el examen á que sujetan al voto y al elector.

Docenas ó centenares de veces le habían explicado esas formalidades, pero ¡era tan grande su interés y crecían tanto sus temores á medida que la hora avanzaba!

—No hay que olvidar que la cuestión que debatimos consiste en que el pueblo tenga en el Parlamento un enemigo ó un defensor.

En la última vuelta del largo camino se divisa una nube de polvo...

—¡El cura! ¡el cura! gritan todos los reunidos.

No era el cura, sino un criado del castillo, que á caballo y corriendo á galope tendido regresaba de la ciudad.

La joven esposa palideció. No dudaba de la victoria; pero en los momentos decisivos el corazón late violento.

Todos se precipitan al encuentro del criado.

—¿Traes noticias?

—¿Han proclamado á nuestro candidato?

—¿Sabes el resultado? ¿Es público?

Las preguntas se sucedían y multiplicaban sin interrupción, y el criado echando la gorra al aire gritó:

—¡Mi señor es diputado!

La joven esposa reclinóse en un diván tratando en vano de dominar su emoción.

—¡Victoria! ¡Victoria! gritaban los invitados.

Los sirvientes y cuantos en la casa se hallaban acudieron repitiendo:

—¡Victoria! ¡los alemanes han sido vencidos! ¡larga vida al novel diputado y á su joven esposa!

—Pero ¿dónde está el cura? preguntó uno de los reunidos.

—No puede tardar, contestó el criado, faltaba el recuento de los últimos votos.

—¡Que sirvan la comida! manda el diputado.

—¡Viva! contestan todos.

Y los cumplimientos, las felicitaciones eran interminables. María no pudiendo contener su alegría, sin cuidarse de cuantos les acompañaban, echó los brazos al rededor del cuello de su esposo y lo abrazó con efusión.

En este preciso instante llega el cura acompañado del anciano Mateo de Pogumbin.

—¡Veamos! ¡veamos! ¿cuántos votos de mayoría?

El sacerdote queda admirado y silencioso en presencia de aquella regocijada multitud, y luego calmamente contesta:

—¡Schulberg... es diputado!

Asombro general: acto seguido una tempestad de exclamaciones.

—¡Schulberg diputado! ¡Imposible! ¿Qué ha sucedido? Un criado acaba de afirmar lo contrario. ¡Estará V. en un error! ¡Explique! ¡Hable!

Yarzinski vióse obligado á acompañar fuera del salón á la infortunada María, que se esforzaba en vano para ahogar sus sollozos tapándose la boca con el pañuelo.

—¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!

Hasta el castillo llegaban los gritos de júbilo de los alemanes, que celebrando su victoria recorrían las calles de la población.

María algo tranquilizada entró en el comedor del brazo de su esposo, quien la decía:

—Hay que conformarse y no entristecerse.

—Explíquenos la historia del resultado, rogó á Mateo con serena calma.

—¿Cómo, señor, podía suceder otra cosa, si la mayor parte de los hombres de Poguembin votaron por Schulberg?

—¿Qué? ¿es posible? ¡No puedo creerlo! ¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo vi, señora: yo vi á Bartek Slovik votar por Schulberg.

—¡Bartek Slovik! exclamó asombrada la joven esposa.

—Al venir, su mujer llorando lanzaba contra él injurias sin cuento y puñados de polvo. Yo le vi votar por Schulberg.

—Hombres como éste deben ser expulsados del pueblo, dijo un propietario de Mizerow.

—Además, señor, cuantos fueron á la guerra han seguido el ejemplo de Bartek. Dicen que lo hicieron obedeciendo órdenes terminantes.

—¡Es un abuso, es un robo! ¡la elección es nula! gritaron muchas voces.

En el castillo de Poguembin la comida que siguió á la derrota fué silenciosa, triste...

Al anoecer los Yarzinski partieron, di-

rigiéndose, no á Berlín, como deseaban, sino á Dresde, su residencia habitual...

Miserable, aborrecido, despreciado y maldito, sentóse Bartek en un rincón de su casa: Magla, su mujer, lo miraba indiferente, no quería decirle palabra; le parecía un extranjero, un alemán...

.....
Dios concedió cosecha abundante, magnífica: llegó el otoño, y Justo, ya dueño de la casa de Bartek, vió asombrado y rebosando alegría que el negocio le resultaba excelente.

Un día por el monótono camino que une Poguembin y la ciudad, tres personas avanzaban tristemente. Caía la lluvia espesa, incansable. El hombre encorvado, baja la cabeza, parecía anciano desvalido y enfermo. La mujer lloraba, recordando la casa querida que abandona para siempre jamás. Nada interrumpía la triste quietud de aquel camino monótono: ni un hombre, ni un carro. Sólo en la confluencia de dos caminos la cruz extendía amorosa sus brazos siempre abiertos, y la lluvia caía incansable, espesa, velando la cruz que consuela al que llora, mostrando amorosa sus brazos abiertos, y velando los campos queridos de la aldea natal.

Bartek, Magda y Franck se dirigen á la ciudad, pues en el pueblo no encuentran quien les dé trabajo.

El vencedor de Sedán y de Gravelotte va á cumplir lo que le resta de la condena que le impusieron los alemanes, porque no permitió que Boege pegase á Franck, que un alemán pegara á su único hijo. Y los Yarzinski siguen residiendo en Dresde.

